

riendo prolijamente sus exequias y dándonos hasta el texto del sermón que se predicó en sus honras. A D. Galaor y a Agrajes los hizo frailes, y a la viuda Oriana abadesa en el monasterio de Miraflores.

Tan pacífico y ejemplar desenlace no satisfizo a nadie. Amadís tenía que continuar viviendo y asistir a las proezas de sus nietos hasta la sexta generación por lo menos, y el bachiller Díaz fué reprobado como un historiador falsario. Su libro se tuvo en cuenta para la numeración de los tomos, pero nadie hizo caso de él.

Entonces apareció el gran industrial literario, que por primera vez puso en España, y quizá en Europa, taller de novelas, publicando por sí solo tres desafortados *Amadíses*, divididos en varias partes, que el público de aquel tiempo aguardaba y devoraba con tanta avidez como los innumerables lectores de Alejandro Dumas seguían el hilo de las continuaciones de *Los Tres Mosqueteros* o de cualquiera otra de sus más famosas novelas.

Era el sujeto a quien nos referimos un caballero de Ciudad Rodrigo, patria fecunda de novelistas de este jaez, pues también parece que se escribieron allí el *Palmerin de Oliva* y el *Primaleón*. Llamábase Feliciano de Silva y era antiguo servidor de la casa de Niebla, en cuyas crónicas se hace mención de él por haber salvado la vida a la Duquesa de Medinasidonia, doña Ana de Aragón, en cierto hundimiento de la puente de Triana en que se ahogaron catorce doncellas y dueñas suyas. Hombre de fácil pluma, de mediano ingenio, de fantasía superficial y desordenada, y de mucha aunque mala invención, dióse a imitar las producciones más en boga, siquiera fuesen entre sí tan desemejantes como la *Celestina* y el *Amadís*. En el remedo de la primera anduvo más afortunado, quizá porque la índole de su talento le llevaba más a lo picaresco que a lo heroico. Su *Segunda comedia de Celestina* está a muchas leguas del inaccesible modelo, pero así y todo es la única obra de Silva que hoy puede leerse sin mucha fatiga por los que no hacen profesión de estas erudiciones. Pero entre sus contemporáneos le dieron más reputación y dineros sus libros de caballerías, predilecta lectura de los ociosos. En cambio le asaetaron con donosas e imperecederas burlas nuestros mayores ingenios. En la *Carta del Bachiller de Arcadia*, que desde antiguo, y creo que con fundamento, se atribuye a don Diego Hurtado de Mendoza, encárase el maleante censor con el capitán Pedro de Salazar, autor de cierta crónica de la campaña de Carlos V en Alemania, y le consuela irónicamente de no haber tenido tanta fortuna literaria como Feliciano de Silva y Fray Antonio de Guevara, a quien con mucha injusticia equipara con el otro: «¿Paréceos, amigo, que sabría yo hacer, si quisiese, un medio libro de *don Florisel de Niquea*, y que sabría ir por aquel estilo de alforjas, que parece el juego de «este es el gato que mató el rato», etc., y que sabría yo decir «la razon de la razon que tan sin razon por razon de ser vuestro tengo para alabar vuestro libro». Mi fe, hermano Salazar, todo está en ventura... Veis ahí al Obispo de Mondoñedo que hizo, que no debiera, aquel libro de *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, que no hay perro que llegue a olerle. Veis ahí a Feliciano de Silva, que en toda su vida salió más lejos que de Ciudad Rodrigo a Valladolid, criado siempre entre Nereydas y Daraydas, metido en la torre del Universo, a donde estuvo encantado, según dice en su libro, diez y ocho años; con todo eso tuvieron de comer y aun de cenar; y vos que habeis andado, visto, hecho y peleado, servido, escrito y hablado más que todo el ejército junto que envió la santidad de nuestro Señor el Papa a esa guerra, no teneis ni aun de almorzar, y es menester que os andeis a inmortalizar a los hombres con vuestros escritos para que os maten la hambre» (1).

(1) *Sales Españolas o Agudezas del ingenio nacional, recogidas por A. Paz y Melia. Primera serie.* Madrid, 1890, p. 80.

¿Y quién no recuerda que a don Quijote ningunos libros «le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entrecadas razones suyas le parecían de perlas; y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «la razon de la sinrazon que a mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejó de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza». Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarlas el sentido que no se lo sacara ni lo entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello». Son además numerosos los pasajes del *Quijote* en que se parodian aventuras o se recuerdan lances de las obras de Feliciano de Silva, como puede verse en los comentarios de Bowle y Clemencín.

Lo primero que hizo Feliciano de Silva (suponiendo que su trabajo comience en el *Amadís de Grecia*) fué resucitar a Amadís de Gaula, alevosamente muerto por el bachiller Díaz, y volver a tomar el hilo de la historia en el punto en que la dejó el incógnito autor del primer *Lisuarte*, manifestando alto desprecio para el segundo: «y fuera mejor aquel octavo (libro) feneciese en las manos de su autor y fuera abortivo, que no que saliera a luz a ser juzgado e a dañar lo que en esta grande genealogía escrito está; pues dañó así poniendo confusión en la decendida e continuación de las hystorias».

Algún escrúpulo me queda en cuanto a la paternidad de *El noveno libro de Amadís de Gaula, que es la cronica del muy valiente y esforzado Principe y cauallero de la Ardiente Espada Amadís de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia, emperador de Constantinopla y de Trapisonda, y rey de Rodas, que tracta de los sus grandes hechos en armas y de los sus altos y extraños amores*, del cual se cita vagamente una primera edición de 1530. Don Pascual Gayangos, cuya pericia bibliográfica, y más en este género de libros, no hay para qué encarecer, afirmaba que en algún ejemplar visto por él estaba el nombre de Feliciano de Silva. Por mi parte no he podido encontrar otro que el del sabio Alquife, fabuloso autor de tal historia. Tampoco el estilo se parece mucho al de *don Florisel*; es mejor y sobre todo más llano, y recuerda algo el del primer *Lisuarte*, no siendo imposible que ambas obras hayan salido de la misma mano. Pero si cierto *Sueño de amor* (1), compuesto por Feliciano de Silva en prosa y puesto en verso por un apasionado suyo (rarísima pieza gótica que vió Gayangos en Inglaterra), coincide con otro *Sueño* sobre el mismo tema que se encuentra al fin de la primera parte de *Amadís de Grecia*, la opinión de nuestro doctísimo bibliógrafo podrá adquirir caracteres de evidencia. Hasta entonces procede suspender el juicio y considerar el *Amadís de Grecia* como anónimo.

La historia de Amadís de Grecia, biznieto del de Gaula e hijo de Lisuarte y Onoloria, llamado también el caballero de la Ardiente Espada, «por haber nacido con una figura de espada bermeja, que le cogía desde la rodilla izquierda hasta ir a darle en derecho del corazón la punta, y en ella se parecían unas letras blancas muy bien

(1) *Sueño de Feliciano de Silva. En el qual le fueron Representadas las excelencias del amor; agora nuevamente puesto de prosa en metro castellano por un su cierto servidor que porque tan notable ficcion fuesse mas manifesta a todos quiso tomar este pequeño trabajo. Con otro Romance en que la muerte de Hector brevemente es contada; según los mas verdaderos hystoriadores de Troya afirman; hecho por el mesmo autor. Año M. D. XLIIII (1544).*

Pliego suelto en 4.º, de ocho hojas a dos columnas (Núm. 4.498 de Gallardo).

talladas», contiene algunos episodios interesantes que prueban cierto grado de imaginación poética, como los amores de la princesa de Tebas, Niquea, con el caballero de la Ardiente Espada, y el encantamiento de esta princesa y de su hermano Anastarax en una cámara de cristal llamada *la Gloria de Niquea*. Pero lo más curioso que ofrece, bajo el aspecto literario, es la introducción de un nuevo elemento, el pastoril, con anterioridad a todas las novelas de este género publicadas en España, sin incluir *Menina e Moça*, que no es bucólica mas que en parte, y que de todas suertes no se imprimió hasta 1544. Tuvo, pues, Feliciano de Silva, o quien quiera que fuese el autor del *Amadís de Grecia*, la prioridad cronológica, sin que se le puedan señalar otros modelos que la *Arcadia* de Sannazaro y las églogas que a imitación de ella y de los bucólicos antiguos empezaban a componerse en Italia y en España (1). Verdad es que la tentativa del cronista caballeresco fué infelicísima. Las cuitas amorosas de los pastores alejandrinos Darinel y Silvia, y la transformación en pastor también del infante D. Florisel, hijo de Amadís de Grecia y de Niquea, constituye uno de los más fastidiosos episodios del libro y justifica la indignación de Cervantes.

En 1532, y ya declarando el nombre de Feliciano, apareció en Valladolid *La coronica de los muy valientes y esforçados e invencibles cavalleros don Florisel de Niquea y el tuerte Anaxartes, hijos del muy excelente Príncipe Amadís de Grecia; emendada del estilo antiguo segun que la escriuio Cirfea, reyna de Arginés... traduzida de griego en latin y de latin en romance castellano por el muy noble cauallero Feliciano de Silva*. Inútil es advertir que la reina Zirfea pertenece a la misma bibliografía fantástica que el Maestro Elisabad y el mago Alquife. Este libro, que en la serie de los *Amadis* es el décimo, abre al mismo tiempo una nueva serie, la de las aventuras de *D. Florisel* y su familia, que se dilataron hasta cuatro partes, de las cuales este volumen contiene sólo las dos primeras. ¡Qué abundancia tan ridícula y tan estéril! Aquí es donde se encuentra la aventura del *Palacio del Universo*, a que alude D. Diego de Mendoza. D. Florisel vence aquel temeroso encantamiento en que yacían su tercer abuelo el sempiterno Amadís de Gaula y diez príncipes o reyes de su familia. El episodio pastoril continúa, y hay en la segunda parte una disparatada historia de «la segunda Elena» y de las grandes guerras que por ella hubo en torno de Constantinopla, donde se trasluce el empeño de imitar a los autores de las crónicas troyanas.

Se cuenta como libro *onceno* de Amadís la *Parte tercera de la Crónica de D. Florisel de Niquea*, que más bien debiera llamarse *Don Rogel de Grecia*, puesto que de sus espantables hazañas trata principalmente, y también de las de otro caballero llamado Agesilao, hijo de D. Falanges de Astra.

Pero todavía con este formidable volumen, impreso en Medina del Campo en 1535, no se agotó la vena de Feliciano de Silva, puesto que, viendo cada vez más celebrados sus disparates, vació el saco de ellos en una *Cuarta parte de D. Florisel* (Salamanca, 1551), donde principalmente trata de los amores del príncipe D. Roger y de la muy hermosa Archisidea. Tanto en este libro como en el anterior prescinde ya de las crónicas de la reina Zirfea y alega otros dos historiadores no menos auténticos, Filastes Campaneo y el sabio Galersis. El tono de este libro, dedicado a la reina de Hungría Doña María, hija de Carlos V, es más grave y sentencioso que en los anteriores, porque, según dice el autor, así lo demandaba su edad; y aun da a entender en el prólogo que quiso aludir a

(1) También en su *Segunda comedia de Celestina*, cuya primera edición es de 1534, intercaló Feliciano de Silva un episodio pastoril, como veremos más adelante.

las hazañas del emperador: «quiero en esta soberana imagen de la fortaleza cesarea tractar un poco de su dibujo, con los colores, oscuridades, claros y lexos que yo supiere, para dezir con lo menos algo de lo más».

Como ya la novela pastoril había aparecido con todos sus caracteres, entre ellos el de intercalar gran número de poesías en prosa, Feliciano de Silva dió gran desarrollo al intermedio pastoril tímidamente ensayado en el *Amadís de Grecia*, y quiso presentarse bajo un nuevo aspecto, el de poeta, tanto en los antiguos metros castellanos como en los italianos, y tan mal en los unos como en los otros, dicho sea de pasada. Estas son las églogas de que tanto se burla Cervantes: «Y quisiera yo (dice Don Quijote a Cardenio) que vuestra merced le hubiera enviado, junto con *Amadís de Gaula*, al bueno de *Don Rogel de Grecia*; que yo sé que gustara la señora Lusinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucolicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura».

Adviértese que Feliciano de Silva estaba muy atento a todas las modas literarias y cambios de gusto, como quien había convertido en oficio el arte de novelar. Era imposible que el público no comenzara a hartarse de un género que, en medio de su aparente complicación, era la monotonía misma. En la segunda mitad del siglo XVI el cansancio se acentúa hasta el punto de que nadie se atrevió a continuar la fábula de *Amadís* después del *doceno libro*, «que trata de los grandes hechos en armas del esforzado caballero *Don Silves de la Selva*... junto con el nacimiento de los príncipes Espheramundi y Amadís de Astra, y assimismo de los dos esforzados príncipes Fortunian y Astrapolo», obra que salió anónima de las prensas de Sevilla en 1546, pero de la cual se declara autor Pedro de Luján en la segunda parte del *Lepolemo*. Era Luján hombre de cultura clásica, secuaz de las doctrinas de Erasmo y mucho mejor prosista que Feliciano de Silva, como lo acreditan sus elegantes y sesudos *Colloquios Matrimoniales*. Pero *Don Silves de la Selva*, por bien escrito que estuviera, llegaba tarde; no fué reimpresso más que una vez, y ni siquiera el anuncio del nacimiento de Esferamundi y de los otros príncipes fué parte a excitar la curiosidad de nadie, por lo cual sus hechos hubieron de quedarse sin cronista español, aunque no italiano, puesto que Mambrino Rosseo los refirió, muy a la larga, en seis volúmenes o partes, que supuso traducidas de nuestro idioma y publicó en Venecia, desde 1558 a 1565.

A todo esto, Amadís de Gaula debía de tener más de doscientos años, aunque aparentaba muchos menos gracias a una confección que le había propinado la sabia Urganda. Por fin el continuador italiano se decidió a librarnos de él, haciéndole morir a manos de dos gigantes en una batalla en que perecen también tres emperadores, varios reyes y hasta cincuenta y cinco mil caballeros cristianos: que no se requería menor hecatombe para los funerales de Amadís. Nicolás Antonio consigna también la noticia de un libro de caballerías portugués, *Penalva* (1), en que Amadís moría a manos de un caballero de aquella nación, por lo cual decían burlescamente los castellanos que sólo un portugués podía haber acabado con Amadís; pero nadie ha visto el tal *Penalva*, que parece invención chistosa, nacida de la antigua malquerencia entre ambos pueblos y de las pullas que en sus cuentos vulgares suelen lanzarse el uno al otro.

(1) *Anonymus, lusitanus, scripsit fabulam ex his unam, quibus otiosi homines superioribus saeculis valde gaudebant lectis, nempe «Penalva» nuncupatum, in quo occisus magnus ille fabulosorum heroum Amadisius refertur heros: unde Castellani per jocum usurpare solebant, Lusitani tantum virum occumbere potuisse: quo Lusitanorum philautia palpum obtruderent* (*Bibliotheca Hisp. Nova*, tomo II, p. 404).

Sobre esta bastarda progenie de Amadís hay que estar al fallo inapelable del licenciado Pero Pérez, hombre dócto, graduado en Sigüenza. «Este que viene (dijo el barbero) es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís. Pues vayan todos al corral (dijo el Cura), que a trueco de quemar a la Reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel, y a sus églogas y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante».

Aquel auto de fe imaginario, seguido por ventura de otros más reales, cuando estos infolios cayeron en absoluto desdén y vilipendio, fué causa remota de que andando el tiempo lograsen el único género de perpetuidad que merecían, renaciendo, como el fénix, de sus cenizas, a impulsos de la curiosidad bibliográfica avivada por el cervantismo. Pero en el limbo bibliográfico se quedaron, y no hay fuerza humana que los resucite. ¡Triste y memorable ejemplo de lo efímeras que son las modas literarias, y más si se trata de obras de entretenimiento, destinadas a un pasatiempo fugaz, y no concebidas en las regiones superiores del arte! Porque se ha de tener en cuenta que el éxito de estos libros no fué exclusiva ni principalmente español, sino que la sociedad más culta y privilegiada de Europa se recreó por más de un siglo con las grotescas invenciones de Feliciano y con las bizarrías de *D. Silves*, que no sólo fueron traducidas y adaptadas al italiano, al francés, al alemán y a otras lenguas, sino que suscitaron nuevas e inacabables continuaciones, todavía peores que sus originales, y llegó a duplicarse la serie de los *Amadises*, resultando una maraña tan inextricable de personajes y aventuras, que un señor Du Verdier tuvo que emplear siete grandes volúmenes, publicados desde 1626 a 1629, con el título de *Le Roman des Romans*, en la absurda tarea de recoger todos los cabos sueltos de estas historias y dar a cada una de ellas el debido complemento y desenlace, lo que ejecutó también con *El Caballero del Sol* y con *Don Belianis de Grecia*; que a tanto llegaba su furor de continuarlo y acabarlo todo. Obsérvese que esto pasaba en Francia nueve años después de la muerte de Cervantes, y más de veinte después de publicada la primera parte del *Quijote*, que si en España consumó la ruina del género ya muy decaído y postrado entonces, no tuvo por de pronto el mismo benéfico influjo en la novela de otros países, donde las corrientes realistas eran menos enérgicas.

Tales como son, los libros de Feliciano de Silva tuvieron, aun en el teatro y en la poesía lírica, menos ilustre descendencia en España que fuera de ella. Aquí sólo podemos citar alguna comedia mediana cuyo argumento esté tomado de esos libros, como *La Gloria de Niquea*, del conde de Villamediana, representada en el Palacio de Aranjuez a 8 de abril de 1622 con las novelescas circunstancias que son notorias; o el *Don Florisel de Niquea*, del doctor Juan Pérez de Montalbán; o el *Amadís y Niquea*, del poeta malagueño D. Francisco de Leyva. En cambio Roberto Southey afirma que hay imitaciones del *Amadís de Grecia* en la *Arcadia* de Sidney, en la *Reina de las Hadas (Faery Queene)* de Spenser (episodio de la máscara de Cúpido), y finalmente en el don Florisel, Shakespeare introduce en su comedia *Cuento de Invierno (Winter's Tale)*. Si todo esto es verdad, y debe serlo, puesto que lo afirma un inglés tan profundamente versado en ambas literaturas, ¡qué honor para el pobre caballero de Ciudad Rodrigo! No he estudiado bastante a Sidney y a Spenser para hacer la comparación; pero siendo el primero traductor e imitador de la *Diana* y de otros libros españoles, el caso es muy verosímil. En lo tocante al *Cuento de Invierno*, cuyo argumento principal se deriva, como es notorio, de la novela de Roberto Greene, *Pandosto o el Triunfo del Tiempo* (1588), creo que tiene razón Southey, y que el personaje episódico de D. Florisel, hijo de rey y enamorado de una pas-

tora, es el mismo D. Florisel del *libro nono* de *Amadís*, enamorado de la pastora Silvia.

Simultáneamente con la estirpe de los *Amadises* floreció en España otra familia caballeresca menos dilatada, que tiene con ella muy próximo parentesco: la de los *Palmerines*, que sólo ceden en antigüedad a las dos obras de Montalvo, puesto que la primera edición del *Palmerín de Oliva* es de 1511 (1), posterior sólo en tres años a la que pasa por primera del *Amadís de Gaula*, y en uno a la más antigua del *Esplandián*. ¡Bien madrugaba entonces la imitación literaria, aunque tengamos por muy verosímil que ambos libros corrian ya de molde desde el siglo anterior! Porque no hay duda que el *Palmerín de Oliva* carece de originalidad, y no es más que un calco servil de las principales aventuras de Amadís y de su hijo. El nacimiento secreto de *Palmerín de Oliva*, que se llamó así por haber sido expuesto entre palmas y olivos cerca de Constantinopla, tiene las mismas circunstancias que el de Amadís y el de Esplandián, salvo que éste fué recogido por un ermitaño y Palmerín por un colmenero. La historia amorosa de Palmerín y Polinarda reproduce punto por punto la de Amadís y Oriana. Si Amadís triunfa del endriago, Palmerín mata a la gran sierpe que guardaba la maravillosa fuente de Artifaria. Si Amadís se resiste a los halagos de la reina Briolanja, Palmerín, no menos constante en amores, rechaza a Archidiana, hija del Soldán de Babilonia, y a la infanta Ardemia. Finalmente, Palmerín, lo mismo que Esplandián, llega a ser emperador de Constantinopla. En suma, el primer *Palmerín* es un calco mal hecho de un excelente original. Si alguna aventura añade, es del género más extravagante, como la lucha de Palmerín con tres leones, a quienes rinde y mata sin la menor dificultad (germen de un episodio de la segunda parte del *Quijote*). En cambio le faltan todas las bellezas del *Amadís*: el estilo es pobre, el sentimiento ninguno. En las descripciones de batallas y desafíos es pesadísimo; en las escenas amorosas, lúbrico por extremo (2), aunque no iguala al *Tirante*. Este libro no tiene orígenes antiguos ni puede ser muy anterior a la fecha de su impresión. Se compuso seguramente poco después de la guerra de Granada, de la cual parece que conserva algunas reminiscencias. Gayangos hizo notar el gran número de personajes con nombres moros que andan en el libro, y apuntó la sospecha muy fundada de que la batalla en que Palmerín y Trineo hacen prisionero al Soldán de Babilonia (cap. CLXII) sea trasunto anovelado de la prisión del rey Boabdil por el conde de Cabra

(1) Existe en la Biblioteca Imperial de Viena, y Wolf lo describe minuciosamente en sus *Studien* (pp. 185-186).

(2) Lo mismo puede decirse del *Primaleón*, que tiene capítulos indecentísimos, en que las doncellas quedan *fechas dueñas* con la mayor facilidad del mundo. Nada de esto escandalizaba al maleante clérigo Francisco Delicado, y, en efecto, era un idilio en comparación de su *Lozana Andaluza*, uno de los libros más obscenos que se han escrito en lengua castellana. «Todo él (dice hablando del *Primaleón*) es un doctrinal de andantes caballeros, donde éstos podran depredar, leyendo, a mantener justicia y verdad, e mas la mesurada vida que han de tener con las dueñas y doncellas, la cortesía y crianza con las aamas, así mesmo los atavios que han de usar así de armas como de caballos, la gentil conversacion y el moderamiento de la ira, la observancia y religion de las armas».

Fué Delicado, a pesar de su tendencia groseramente realista, muy afecto a los libros de caballerías, que defiende con mucho brío en sus curiosos prólogos: «Algunos, fingiendo ser sabidos, menosprecian estas corónicas diciendo ser fablillas. Fablilla es ser el hombre ynorante, y no conocer qué cosa sean los buenos amaestramientos de los caballeros que fueron mesurados, y leales mantenedores de derechos, y tenedores de fe; y, si como dizen que no fueron tales hombres que así hayan obrado, seanlo ellos y depredan a ser hazañosos en estos dechados, porque el caballero y el Rey y el Emperador no han juez: su juez es su palabra».

y el Alcaide de los Donceles. De este modo se confirma lo que dió a entender Francisco Delicado en el prólogo a la edición de Venecia de 1534 (1).

El *Palmerin de Oliva*, a pesar de su nulidad, gustó tanto, que tuvo inmediatamente un *libro segundo* (Salamanca, 1516), salido al parecer de la misma fábrica, pero algo mejor escrito. Uno y otro están dedicados a don Luis de Córdoba, hijo del conde de Cabra don Diego, y en ambos (si hemos de creer al cordobés Delicado) se ensalza bajo nombres supuestos a los caballeros de este linaje, y al Gran Capitán entre ellos, aunque por mi parte no he llegado a percibir las alusiones históricas. El *Primaleón*, fábula más complicada que el *Palmerin*, tiene en realidad tres protagonistas: Primaleón mismo, su hermano Polendos (hijos uno y otro del de Oliva) y el príncipe de Inglaterra don Duardos, que es realmente el que interesa más por sus amores con la infanta Flérída, hija del emperador de Constantinopla. De este romántico episodio, en que el príncipe se disfraza de hortelano, sacó el gran poeta portugués Gil Vicente su tragicomedia castellana de *Don Duartos*, escrita en pulidas y gentiles coplas de pie quebrado. Toda la pieza es un delicioso idilio; pero como si al fin de ella hubiese querido Gil Vicente dar una muestra de lo más exquisito de su poesía lírica, hizo cantar al coro un romance incomparable, como apenas se hallará otro compuesto por trovador o poeta de cancionero: tan próximo está a la inspiración popular, y de tal modo la remeda, que casi se confunde con ella. No demos menos de copiarlo íntegro, porque él basta para justificar y dar por bien empleada la existencia del *Primaleón*, del cual se deriva:

En el mes era de Abril,
De Mayo antes un día,
Cuando los lirios y rosas
Muestran más su alegría,
En la noche más serena
Que el cielo hacer podía,
Cuando la hermosa Infanta
Flérída ya se partía.
En la huerta de su padre
A los arboles decía:
—«Quedaos a Dios, mis flores,
Mi gloria que ser solía,
Voyme a tierras extranjeras
Pues ventura allá me guía.
Si mi padre me buscare,
Que grande bien me quería,
Digan que el Amor me lleva,
Que no fue la culpa mía;
Tal tema tomó conmigo,
Que me vencio su porfía.
Triste, no se a donde vo

Ni nadie me lo decía».
Allí hablara don Duardos:
«No lloreis, mi alegría;
Que en los reinos de Inglaterra
Mas claras aguas había,
Y más hermosos jardines,
Y vuestros, señora mía.
Terneis trescientas doncellas
De alta genealogía;
De plata son los palacios
Para vuestra señoría,
De esmeraldas y jacintos,
De oro fino de Turquía,
Con letreros esmaltados
Que cuentan la vida mía;
Cuentan los vivos dolores
Que me distes aquel día
Cuando con Primaleón
Fuertemente combatía.
Señora, vos me mataste,
Que yo a él no lo temía».

(1) «Porque estas cosas que cuentan los componedores en la lengua española, si bien dicen que son fechos de estrangeros, dizelo por dar más autoridad a la obra, llamandola Greciana por semejança de sus antiguos hechos. Mas componen los estraños acaecimientos de algunos caualleros de los Reynos de Spaña, como de aquellos que han fecho cosas estremadas, como lo fue el rey don Enrique e su fijo don Iuan el primero deste nombre, Rey de Castilla, que se asemejan a los fechos de Palmerin con el Rey de Granada; y otro Primaleon como lo fue el Conde de Cabra, señor de Vaena, don Diego Fernandez de Cordoua; y a don Duardos fue semejante otro su pariente don Gonçalo Fernandez de Cordoua; y assi tomando de cada uno sus hazañas fizo esta Philosophia para los caualleros que seguirla quisieren, y fue tan maravillosamente fingida esta ystoria llena de doctrina pora (sic, por para) los caualleros e amadores de dueñas».

Sus lagrimas consolaba
Flérída, que aquesto oía.
Fueronse a las galeras
Que don Duardos tenía.
Cincuenta eran por cuenta.
Todas van en compañía;
Al son de sus dulces remos

La princesa se adormía
En brazos de don Duardos,
Que bien le pertenecía.
Sepan cuantos son nacidos
Aquesta sentencia mía:
«Que contra muerte y amor
Nadie no tiene valía» (1).

Sin fundamento alguno, y generalizando malamente lo que sólo es verdad respecto del *Palmerin de Inglaterra*, se ha supuesto que también el *de Oliva* y el *Primaleón* eran de origen portugués. Uno y otro nacieron en Castilla, aunque muy cerca de la raya, y uno y otro son de autor femenino, cuyo nombre no ha podido descubrirse hasta ahora. En la primera edición del *Palmerin*, hecha en Salamanca en 1511, se leen después del colofón unos versos latinos, sumamente bárbaros, de un Juan *Augur* de Trasmiera, que con su verdadero apellido *Agüero* (tan frecuente en aquella parte de las montañas de Santander) publicó algunos opúsculos de gran rareza. El tal Augur dice repetidas veces que la obra que recomienda ha sido escrita por una mujer:

..... Collige flores
Quos sevit, quos dat femina corde tibi.
.....
Hunc lege quo tractat femina multa sua.
Quanto sol lunam superat, Nebrissaque doctos,
Tanto ista hispanos femina docta viros
.....

Pero hace la oportuna insinuación de que en la parte militar del libro, que en efecto está recargadísima, fué asistida la autora por un hijo suyo:

Femina composuit: generosos atque labores
Filius altisonans scripsit et arma libro.

En varias ediciones del *Primaleón*, tales como la de Medina del Campo, 1563; la de Lisboa, 1566, se hallan seis coplas de arte mayor en elogio de la obra. La última, cuyo verso final solía cambiarse según el punto de impresión, dice de esta manera:

En este esmaltado e muy rico dechado
Van esculpidas muy bellas labores,
De paz y de guerra y de castos amores,
Por mano de dueña prudente labrado;
Es por exemplo de todos notado
Que lo verisimil veamos en flor;
Es de *Augustrobiga* aquesta labor,
Que en Medina se ha agora estampado.

Augustrobiga no es Burgos, como creyó Wolf, ni mucho menos ninguna población

(1) También el famoso predicador Fr. Hortensio Félix Paravicino, a quien llamaron el *Góngora del pulpito*, lo cual no sé si ha de entenderse como alabanza o como censura, pues confieso que no he leído sus sermones, aunque sí sus insípidas poesías, sacó del *Primaleón* el argumento de una novela fantástica, a modo de libreto de la ópera, con el título de *La Gridonia o cielo de amor vengado*, «invención real», como él la llama por haber sido escrita en breve plazo por orden expresa de Felipe IV. Hállase en el tomo de sus *Obras posthumas, divinas y humanas*, donde se disimuló su nombre con el de D. Félix de Arteaga (1641).

portuguesa (1), sino el nombre que en la imperfecta geografía histórica del siglo XVI solía darse a Ciudad Rodrigo, que el P. Flórez y la mayor parte de los modernos reducen a *Mirobriga*.

Pero es el caso que en la edición sevillana del *Primaleón* (1524), y es de presumir que también en la primera de Salamanca, que no hemos visto, se dice que tanto este libro como el *Palmerín* fueron «trasladados de griego en nuestro lenguaje castellano, corregidos y emendados en la muy noble cibdad de Ciudadrodrigo (sic) por Francisco Vázquez, vecino de la dicha ciudad». Dejando aparte la ficción del origen griego, ¿este Francisco Vázquez sería sólo un corrector o tuvo alguna parte en la composición de ambas novelas? ¿Sería, por ventura, aquel *hijo allisonante* que colaboró con su madre en las escenas belicosas del *Palmerín*, según indica Juan Agüero? No nos atrevemos a afirmarlo, pero lo que parece fuera de duda es el origen femenino de la obra. Francisco Delicado, corrector de la edición veneciana de 1534, insiste en él varias veces, aunque confiesa que no sabía el nombre de la autora: «Avisandoos que cuanto más adelante va es más sabroso, porque como *la que lo compuso era mujer*, y filando al torno se pensaba cosas fermosas, que dezía a la postre, fue más enclinada al amor que a las batallas, a las quales da corto fin». Y en la introducción al libro tercero de la obra: «Digo que es sabroso; mas no sé quién lo hizo, porque calló su nombre al principio y al fin... Y es opinion de personas que fue muger la que *lo compuso, fija de un carpintero...*» y defendiendo luego el libro de los defectos que se le achacaban: «Mas el defeto está en los impresores y en los mercaderes que han desdorado la obra de la *señora Augustobrica* con el ansia de ganar».

El autor del *Diálogo de la lengua*, que juzga con mucha severidad toda la literatura caballeresca, parece indulgente con el *Palmerín* y el *Primaleón*, aunque no da los motivos de su juicio, limitándose a decir que *por ciertos respetos* habían ganado crédito con él. En cambio, Cervantes ni siquiera menciona el *Primaleón*, y manda que *la olla* de *Palmerín* se haga «luego rajas y se quemé, que aun no queden della las cenizas». Nadie dirá que la sentencia sea injusta pero contrasta con tan fiero y ejecutivo rigor el exorbitante panegírico que a renglón seguido hace del *Palmerín de Inglaterra*: «Esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas y de grande artificio; las razones cortesanias y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento».

A estas palabras debe su fortuna póstuma el *Palmerín de Inglaterra*, que en su tiempo no la tuvo muy grande, puesto que una sola vez fué impreso en lengua castellana. Aquí también nos encontramos con un problema de historia literaria, pero nos detendrá poco, porque a mi juicio está definitivamente resuelto en favor de los portugueses, y nada

(1) La identificación que algunos eruditos del siglo XVI hicieron entre la Lusitania antigua y el Portugal moderno, confundiendo el todo con la parte, es tan absurda, que puede hacer pasar por portugués a cualquier vecino de Mérida, de Salamanca o de Avila. Hubo en Lusitania una población llamada *Augustobriga*, pero estaba, según el itinerario de Antonino, en el camino de Mérida a Zaragoza, y generalmente se la reduce a Villar del Pedroso, en los montes de Toledo. Otra había en el país de los Arevacos, al Oriente de Numancia, y era *mansión* en la vía romana de Astorga a César-augusta.

tengo que añadir a los argumentos que expusieron en dos curiosas monografías el brasileño Manuel Odorico Mendes (1) y el agudo, aunque descarriado comentador del *Quijote*, D. Nicolás Díaz de Benjumea (2). Claro es que si a las pruebas extensas y bibliográficas se atendiera únicamente, tendrían razón Salvá y Gayangos, y el *Palmerín* castellano impreso en Toledo durante los años 1547 y 1548 (3), atribuido primero a Miguel Ferrer y luego a Luis Hurtado, sería el original, y el texto portugués de Francisco de Moraes, del cual no se conoce ejemplar anterior al de Evora de 1567, una mera traducción posterior a la francesa de Jacobo Vincent y a la italiana de Mambriano Roseo, que aparecieron en 1553.

Pero las pruebas intrínsecas que el mismo libro de Toledo, cotejado con el de Evora, suministra, nos llevan forzosamente a la conclusión contraria. Es traducción del portugués y traducción muy desaliñada, en que no han desaparecido los rastros de su origen, hasta el punto de llamarse Tejo al Tajo, forma inverosímil de un toledano. Por ningún concepto puede atribuirse la prosa del *Palmerín* al elegante escritor Luis Hurtado, que terminó la *Comedia Tibalda* del comendador Perálvarez de Ayllón, las *Cortes de la Muerte* de Miguel de Carvajal, y compuso con fecundo estro la *Egloga Silvana*, el *Teatro pastoril*, el *Hospital de necios*, el *Espejo de gentileza*, el *Hospital de galanes enamorados*, el *Hospital de damas heridas de amor*, los *Esponsales de amor y sabiduría* y otras ingeniosas obrillas; amén del inestimable *Memorial de las cosas de Toledo*, escrito en 1576 para contestar al célebre interrogatorio de Felipe II. En 1547, el futuro rector de la parroquia de San Vicente, que en su poema de las *Trescientas*, acabado en 1582, declaró haber cumplido cincuenta años, no podía tener más que diez y ocho edad muy tierna para producir una obra que revela tanta madurez, cultura mundana y experiencia de la vida, como el *Palmerín de Inglaterra*. En las octavas acrósticas que van al fin de la dedicatoria de la primera parte, y juntando las letras iniciales, dicen: *Lvys Hurtado Autor al lector da salud*, dice bien claramente que la obra era ajena, y ni siquiera insinúa que la traducción fuese suya:

Leendo esta obra, discreto lector,
Vi ser espejo de hechos famosos,
Y viendo aprovecha a los amorosos,
Se puso la mano en esta labor.
Hallé que es muy digno de todo loor
Un libro tan alto, en todo facundo;

Lo de *autor* (que se repite en el epígrafe de las octavas) ha de entenderse, para que no resulte contradicción, o en el sentido de autor de la composición poética laudatoria, o en la acepción vaga y general de escritor. No creo que quisiera apropiarse el *Palmerín*

(1) *Opusculo acerca do Palmeirin de Inglaterra e do seu autor no qual se prova haver sido a referida obra composta originalmente em portuguez. Por Manuel Odorico Mendes, da Cidade de S. Luiz do Maranhão. Lisboa, 1860.*

(2) *Discurso sobre el Palmerín de Inglaterra y su verdadero autor, presentado a la Real Academia de Ciencias de Lisboa, por Nicolás Díaz de Benjumea, académico correspondiente extranjero. Lisboa, imprenta de la Real Academia de Ciencias, 1860.*

Antes había publicado Benjumea otros trabajos sobre la misma materia, que están refundidos en éste.

(3) Este *Palmerín de Inglaterra* castellano es de la mayor rareza. No se conocen de él más ejemplares que el del Museo Británico y el que perteneció a Salvá (núm. 1.646 de su *Catálogo*), cuyo actual paradero ignoro.